

LA PROPUESTA MARIOLÓGICA DE MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO

ANTONIO ARANDA

Introducción: el porqué de este tema

El ámbito ordinario de la reflexión teológica es la economía de la salvación, en la que nos han sido desvelados y dados a participar los misterios sobrenaturales. La inaccesible verdad de la comunión trinitaria, que estamos llamados a contemplar y a gozar como hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo, ha sido veladamente mostrada a través de la encarnación redentora del Verbo-Hijo y del envío a nosotros del Espíritu-Don, es decir, a través de las dos misiones trinitarias. En ellas nos ha sido dada a conocer la intimidad del ser divino como comunión de personas, y nos han sido reveladas éstas en sus mutuas relaciones. En ese inmenso campo (inmenso por la grandeza de la verdad revelada, pero concreto al mismo tiempo, pues se determina en el acontecimiento salvador de Jesucristo), abierto a la razón creyente por medio de las misiones divinas, se desarrolla la reflexión cristiana como *fides quaerens intellectum*. Es el campo de la economía salvífica, expresión en la historia, a través del Hijo encarnado y del Espíritu dado, del misterio del Padre y de su amor. En él debe ser también desarrollada la reflexión sobre el misterio de María, no sólo lleno de claves trinitarias sino más bien esencialmente trinitario, en cuanto vinculado al misterio del Hijo Redentor y al misterio de la Iglesia.

Pensar trinitariamente el misterio de María (podríamos hablar de pensar trinitariamente, en modo análogo, otros misterios cristianos) consiste en pensarlo, conforme a lo que acabamos de escribir, bajo la luz del misterio del Padre y de su amor revelado en el Hijo encarnado, muerto y resucitado, y según su íntima conexión y dependencia de él. Se trata de captar más profundamente, y de lograr expresar conceptualmente con mayor claridad, qué significado tienen en el plano del Dios Trino revelado en Cristo —plano de la economía salvífica—

los datos, así mismo revelados, acerca de la Madre del Salvador. Esto significa, a mi entender, privilegiar como ámbito de reflexión mariana, (ámbito de reflexión significa aquí: punto de partida, coordenadas intelectuales, horizonte al que se apunta) el de la función de María en el desarrollo de la economía salvífica, es decir, en la revelación y realización en la historia humana del misterio del Padre.

Lo que acabamos de indicar supone privilegiar en la teología mariana —que es la relación del pensamiento creyente con el misterio revelado de María— las cuestiones referidas a su vocación y misión en Cristo y en la Iglesia. Esa es, por otra parte, la vía que habitualmente se recorre en la experiencia espiritual mariana, en la que buscamos la intimidad con su persona, plenamente identificada con su misión en la historia de la salvación.

En relación a dicha salvación, que Dios nos otorga no sólo como un don, por así decir, externo a Él mismo, sino como un don en el que Él mismo se nos da en sus Personas y nos llama a incorporarnos a su vida en comunión, nos ha sido revelada por la Sabiduría divina la misión del Hijo y en función de ella, inseparablemente, la misión de la Madre. Toda esa luz es esencialmente trinitaria aunque no alumbra de manera inmediata y directa la ontología trinitaria o la comunión eterna de las Personas divinas. Las muestra, sin embargo, como fuente de sentido y significado, y como horizonte de referencia, en su expresión histórica en Cristo, es decir, en el plano de la economía salvífica.

Por eso, por ejemplo, un objetivo privilegiado de la mariología trinitaria no ha de ser tanto la maternidad de María respecto de Cristo en relación con la paternidad inefable de Dios respecto de su Verbo, sino más bien el significado teológico de esa maternidad en el plano del desvelamiento histórico (en el Hijo hecho hombre) del misterio del Padre y de su amor. Es decir, porqué, cómo la misión maternal de María, dentro de la misión de su Hijo, ayuda a comprender más profundamente y a expresar mejor el misterio de la inefable paternidad del Padre respecto de su Verbo (y, en él, de nosotros) en el Espíritu Santo, es decir, cómo ayuda a iluminar ante nosotros la grandeza y el amor del Dios trinitario. O bien, con otro ejemplo, qué significa, qué sentido revelador tiene, qué se nos dice en el hecho de haber dado María vida verdaderamente humana al Verbo eterno, hecho que permite revelar también en clave humana (en acciones históricas, palabras, vida y muerte, resurrección...) la comunión de las Personas divinas, y que venga así plenamente mostrado el amor del Padre.

De ahí que todo pensamiento cristiano que subraye la profundidad teológica de los sucesos de la vida de María (por decirlo sintéticamente, su misión en Cristo y en la Iglesia), es susceptible de poder iluminar la reflexión mariológica en perspectiva trinitaria. Esto es lo que sucede con los pensadores que han alcanzado una rica experiencia espiritual del misterio mariano en la Iglesia y en

los cristianos. Y esto es lo que concretamente sucede en el caso del Autor cuya propuesta mariológica estudiamos en estas páginas, Mons. Álvaro del Portillo.

Una figura del pensamiento católico contemporáneo

En la madrugada del 23 de marzo de 1994, a las pocas horas de su regreso a Roma después de una breve peregrinación a Tierra Santa, llamaba Dios a su presencia a S. E. R. Mons. Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei. El día anterior había celebrado la Santa Misa —la última de su vida— en la iglesia del Cenáculo en Jerusalén, donde, como ha escrito Mons. Javier Echevarría refiriéndose a esos hechos, «se conservan la memoria siempre viva de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, el recuerdo perennemente actual de la Virgen nuestra Madre, recogida en oración con los Apóstoles en espera de la efusión del Espíritu Santo, y los signos de la primera manifestación pública de la Iglesia, presidida por Pedro en la caridad y enviada a evangelizar a todos los hombres»¹. No sabría decir si esas palabras de Mons. Echevarría han sido escritas pensando en las claves doctrinales profundas que —unidas y entendidas a la luz del espíritu del Opus Dei— fundamentaron la vida personal, científica y pastoral de Álvaro del Portillo. Desde luego permiten delinear las grandes líneas de fondo de su existencia y de sus enseñanzas, que posiblemente se hicieron presentes ante él, con la indecible intensidad de la renovación del Sacrificio redentor en el Cenáculo, horas antes de su paso a la vida eterna.

La producción científica de Mons. del Portillo, extensa y fecunda como su propia vida, estuvo siempre ligada a las exigencias de su ministerio pastoral. Responde también, como consecuencia, a una doble inspiración fontal: a) el espíritu del Opus Dei, que asimiló y encarnó desde su juventud de manera ejemplar a la sombra del beato Josemaría Escrivá, de quien llegó a ser principal colaborador y primer sucesor; y, b) su intensa experiencia de la unidad y la universalidad de la Iglesia, a la que sirvió con fidelidad durante sus cincuenta años romanos (1944-1994), llenos de trabajos y encargos de gran responsabilidad confiados por la Santa Sede².

1. Mons. J. ECHEVARRÍA, *In memoriam*, en: *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di mons. Álvaro del Portillo*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1995, 21.

2. Cfr. *ibidem*, 19. En el trabajo que citamos se lee (pp. 13-14) que «Pío XII lo nombró consultor de la Congregación para los Religiosos. Juan XXIII consultor de la Congregación del Concilio y, poco tiempo después, calificador del Santo Oficio. (...) Convocado el Concilio Vaticano II fue llamado a colaborar en su preparación y después en su desarrollo: en 1962 fue nombrado perito conciliar y, a continuación, designado Secretario de una de las diez Comisiones a las que correspondió la tarea de redactar los documentos que se debían discutir y aprobar en la Asamblea conciliar (...) Con el paso

El elenco de sus obras ya publicadas comprende un elenco de 209 títulos de variada índole (principalmente teológica, canónica, espiritual y pastoral)³, a los que se deberán añadir con el paso del tiempo otros muchos originales todavía inéditos, entre los que destacan un considerable número de *Cartas pastorales* y de textos homiléticos pertenecientes al período de su ministerio pastoral al frente del Opus Dei⁴.

Algunos aspectos de su vida y de su obra han sido ya objeto de diversos estudios y análisis⁵, que nos ofrecen un sólido fundamento biográfico y biblio-

de los años (...) recibió de Pablo VI los nombramientos de miembro de la Secretaría del Sínodo de los Obispos, consultor de la Congregación de la Doctrina de la Fe, de la Congregación para el Clero y de la Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico; de Juan Pablo II recibió la designación como consultor de la Congregación para las Causas de los Santos». Este breve elenco permite hacerse una idea del intenso trabajo realizado por Mons. del Portillo al servicio de la Santa Sede. Una exposición completa de los datos se puede ver en el «Perfil biográfico» incluido en el volumen: *Rendere amabile la verità, o.c.*, pp. 661-664.

3. Cfr. *Rendere amabile la verità, o.c.*, pp. 665-685.

4. Otro importante capítulo de sus inéditos (trabajo, en este caso, particularmente sacrificado e inadvertido) está constituido por los votos y dictámenes redactados por él para diversos organismos eclesásticos. Un autor ha señalado que el número pasa de mil (cfr. P. LOMBARDIA, *Acerca del sentido de dos noticias*, en: «Ius Canonicum» 15 [1975] 34; cit. por P. RODRÍGUEZ, *La figura eclesial de Mons. Álvaro del Portillo*, en: J. ECHEVARRÍA [et al.], *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*, Eunsa, Pamplona 1995, 64).

5. Cfr. por ejemplo, J. O'CONNOR, *Bishop Álvaro del Portillo*, en: «Position Papers» 246-247 (1994) 208-210. J. L. ILLANES, *Disponibilità e servizio: un breve sguardo all'opera canonica, teologica ed ecclesiale di Mons. Álvaro del Portillo*, en: «Annales Theologici» 8 (1994) 13-21. G. LO CASTRO, *L'opera canonistica di Álvaro del Portillo*, en: «Ius Ecclesiae» 6 (1994) 435-445. J. HERRANZ, *Il decreto «Presbyterorum ordinis»: riflessioni storico-teologiche sul contributo di mons. Álvaro del Portillo*, en: «Annales Theologici» 9 (1995) 217-241. R. THOMAS, *Un cuore di pastore*, en: *Rendere amabile la verità: raccolta di scritti di mons. Álvaro del Portillo, o.c.*, pp. 27-39. A. ARANDA, *Vocazione e missione dei cristiani*, en: *Rendere amabile la verità, o.c.*, pp. 275-285. C. J. ERRÁZURIZ, *Un rapporto vitale con il diritto della Chiesa*, en: *Rendere amabile la verità, o.c.*, pp. 439-449. A. RODRÍGUEZ LUÑO, *Orizzonti dell'identità cristiana*, en: *Rendere amabile la verità, o.c.*, pp. 583-588. S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo, prelado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1996, 296 pp. L. F. MATEO-SECO, «In memoriam». *Mons. Álvaro del Portillo*, en: «Scripta Theologica» 26 (1994) 931-952. E. MOLANO, «In memoriam». *Mons. Álvaro del Portillo*, en: «Ius Canonicum» 34 (1994) 11-22. C. CAVALLERI, *Il carisma della fedeltà: Mons. Álvaro del Portillo, 1914-1994*, en: «Studi Cattolici» 38 (1994) 260-261. F. CAPUCCI, *L'ombra del Padre: un ricordo personale*, en: «Studi Cattolici» 38 (1994) 281-285. V. VÁZQUEZ DE PRADA, *Don Álvaro del Portillo, historiador*, en: «Anuario de Historia de la Iglesia» 4 (1995) 27-35. J. ORLANDIS, *Monseñor Álvaro del Portillo, 1914-1994*, en: «Anuario de Historia de la Iglesia» 4 (1995) 19-25. J. ECHEVARRÍA, *La formación del sacerdote en la vida y escritos de Mons. Álvaro del Portillo*, en: «Scripta Theologica» 28 (1996) 13-39. R. B. SHAW, *Álvaro del Portillo*, en: «New Catholic Encyclopedia» (Supplement 1989-1995), The Catholic University of America, Washington (DC) 1996, pp. 315-317.

gráfico sobre el que apoyar nuestro trabajo. Pero éste tiene como finalidad específica la de explorar un terreno todavía no directamente visitado por otros autores, como es el de su pensamiento mariológico, del que nos esforzaremos en mostrar las raíces intelectuales y espirituales, los argumentos teológicos centrales y sus principales líneas de fuerza. Lo interesante de los textos mariológicos que analizamos —que se encuentran repartidos en un amplio conjunto de páginas, en parte ya editadas y en parte inéditas— radica sobre todo, a mi entender, en la contemporaneidad teológico-pastoral desde la que han sido escritos, y en el vigor de su perspectiva trinitaria. Manifiestan en síntesis, como veremos, una singular contemplación de la misión de María en la obra de la Redención, así como de la participación filial de los cristianos, junto con su Madre, en esa misma misión salvífica.

Descripción de los materiales utilizados

El conjunto de los materiales que utilizamos en nuestro estudio está constituido por diversos textos, con un total aproximado de 250 páginas, entre los que destacan cinco extensas *Cartas pastorales*, acompañadas de algunas exhortaciones epistolares de menor extensión y de varias homilías de tema mariano. Los cinco textos mayores están datados entre los años 1978 y 1992, dentro, pues, del período postconciliar y del pontificado de Juan Pablo II, lo que justifica su cercanía teológica con esas fuentes magisteriales, que sin embargo sólo son una parte, aunque significativa, de las que cita el Autor. Una mirada sobre el aparato crítico de las *Cartas* permite hacerse una idea más precisa de los fundamentos en los que se apoyan.

a) Ante todo son unos textos de hondas raíces escriturísticas, en los que encontramos un total de 230 citas del NT [especialmente de Lc (48), Mt (35) y Jn (34)] y 30 del AT. Los pasajes más citados (al menos tres veces cada uno de ellos) sugieren ya en cierto modo la temática de fondo antes mencionada: una consideración teológica y espiritual —motivada por razones pastorales— de la función de María y de los cristianos en el desarrollo de la obra de la Redención. Dichos pasajes son: Gen 3, 15 («Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya...»); Ap 12, 1 («Apareció una señal grandiosa en el cielo: una mujer vestida de sol...»); Lc 2, 51 («Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón...»); Jn 17, 23 («Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo conozca que tú me has enviado...»); Hech 4, 32 («La muchedumbre de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma...»); Gal 2, 20 («Que me ha amado y se ha entregado por mí...»); 2 Tim 4, 7 («He combatido una buena pelea, he acabado mi carrera, he conservado la fe...»).

b) Son, al mismo tiempo, unos textos apoyados en la tradición patrística y litúrgica de la Iglesia, como lo muestra el recurso a diversos autores (entre ellos San Ignacio de Antioquía, San Cirilo de Alejandría, San Juan Damasceno, San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio Magno, San Cipriano, San Andrés de Creta, San Bernardo y Sto. Tomás de Aquino)⁶, así como la referencia a diferentes textos litúrgicos, principalmente algunos relacionados con celebraciones marianas⁷.

c) Hunden también sus raíces estas *Cartas pastorales* en las enseñanzas del magisterio, y en particular en la doctrina mariológica de *Lumen gentium* y de Juan Pablo II, como ha quedado indicado más arriba⁸.

d) Desde el punto de vista del contenido teológico-espiritual, la fuente esencial de nuestros textos está constituida por los escritos del Beato Josemaría Escrivá, ampliamente citados por Mons. del Portillo: en concreto, en 204 ocasiones⁹. Aun-

6. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ep. ad Romanos*, cap. VII: PG 5, 694. SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Homilia IV in Concilio Ephesino habita*. SAN JUAN DAMASCENO, *Homilia II in Dorm. Sanc. Mariae*, 14. SAN AMBROSIO, *Expositio evangelii secundum Lucam*, II, 26. SAN AGUSTÍN, *In Ioann. Ev. tract. 17, 9-In Ep. I Ioann.*, 4, 2, 6: PL 35, 2008. SAN GREGORIO MAGNO, *In Evangelium homilia*, 26, 9: PL 76, 1202. SAN CIPRIANO, *De dominica oratione*, VIII: PL 4, 541; XIV: PL 4, 545. SAN ANDRÉS DE Creta, *Homilia I in nativitate sanctissime Deiparæ*. SAN BERNARDO, *Homilia Super missus est*, 2. 7. 17. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Epistola ad Hebraeos*, cap. X, lect. 2-Summa contra Gentes, III, cap. 54.

7. *Misa en la Asunción de N^a Señora*, Antífona de entrada-Primera lectura (Ap 12,1)-Segunda lectura (1 Cor 15, 22-26)-Aleluya-Prefacio. *Misa en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción*, Antífona de ingreso (Is 61, 10)-Oración colecta-Segunda lectura (Ef 1, 4)-Prefacio. *Misa del Domingo I de Adviento*, Oración. *Misa del día 18 de diciembre*, Evangelio (Mt I, 18-24). *Misa del día 20 de diciembre*, Oración. *Misa del Común de la Santísima Virgen durante cualquier tiempo*, Postcomunión. *Misa II del Común de Doctores*, Postcomunión. *Misal Romano*, Prefacio de los Santos I-Prefacio de difuntos, 1. *Ritual de la dedicación de un altar*, nn. 3. 4. *Himno Akathistos*, 21. *Himno Lauda Sion*. *Antífona O sacrum convivium*.

8. Los textos magisteriales citados son: Credo Niceno-constant.; CONCILIO DE TRENTO, sess. XXIV: DS 1810. Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854. Pío XII, Const. apost. *Munificentissimus Deus*, 1-XI-1950. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 62. 63. 65. 67; Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3. PABLO VI, Motu pr. *Sanctitas clarior*, 19-III-1969: AAS 61 (1969) p. 150. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 18-V-1986, n. 37; Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, nn. 1. 3. 10. 26. 28. 37. 38. 39. 40. 46. 49. 52; Enc. *Mulieris dignitatem*, 15-VIII-1988, n. 3; *Alocución*, 16-XI-1988; *Discurso*, 14-IV-1982, n. 3; *Discurso*, 21-IV-1982, n. 2; *Discurso*, 28-V-1986, n. 4; *Discurso*, 12-III-1986, n. 3; *Discurso*, 2-V-1987; S. PENITENCIARÍA APOSTÓLICA, Decr. *Mater Dei*, 2-V-1987.

9. Entre los textos ya publicados del Beato Josemaría son citados: *Camino*: 32 veces; *Santo Rosario*: 14; *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*: 2; *Es Cristo que pasa*: 6; *Amigos de Dios*: 3; *Via Crucis*: 3; *Forja*: 9; *Surco*: 4. Es decir, un total de 73 citas (principalmente de *Camino* y de *Santo Rosario*). Las referencias a obras todavía inéditas son 86, distribuidas así: *Apuntes íntimos*: 18; *Cartas*: 22; *Instrucciones*: 10; *Meditaciones*: 36. Aparecen también algunas referencias a otros textos de naturaleza oral (45).

que los materiales sobre los que trabajamos no puedan ser considerados simplemente como una reflexión personal a partir de la doctrina mariológica del fundador del Opus Dei, no cabe duda de que en ella han encontrado el marco y los argumentos principales de índole espiritual¹⁰.

Las cinco *Cartas pastorales* son textos concebidos en cada caso con una finalidad determinada, no inmediatamente teológico-especulativa, y datados en una fecha precisa. Cada uno posee, por tanto, un contexto histórico y literario propio, diverso de los otros. Al mismo tiempo, sin embargo, forman entre sí un conjunto dotado de manifiesta unidad, no sólo por la intencionalidad pastoral última y la fuente espiritual común, sino también, como trataremos de mostrar, por ciertas claves teológicas de fondo, centradas en una profunda contemplación del misterio de María a la luz del misterio del Redentor como vía de comprensión de la vocación y misión de los cristianos en la sociedad.

Las tres primeras *Cartas* —datadas respectivamente el 9 de enero de 1978, el 2 de febrero de 1979 y el 9 de enero de 1980— constituyen un tríptico orientado a profundizar en las raíces marianas del espíritu del Opus Dei, con ocasión de los cincuentenarios de su fundación (2 de octubre de 1928) y del comienzo del trabajo apostólico con las mujeres (14 de febrero de 1930). Con motivo de aquellas efemérides, el entonces Presidente general —más tarde, Prelado— del Opus Dei, Mons. Álvaro del Portillo, inspirado en una actuación análoga del Beato Josemaría veinticinco años atrás, y siguiendo un uso tradicional en la Iglesia, declaró *años marianos* en el ámbito de la Obra los períodos anuales correspondientes y dirigió a sus miembros las tres *Cartas pastorales* mencionadas. La cuarta de ellas, fechada el 31 de mayo de 1987, tiene como objeto la celebración de nuevo de un *año mariano*, pero en este caso el establecido por el Papa Juan Pablo II para la Iglesia universal con motivo del bimilenario del nacimiento de María contemplado en la perspectiva del futuro Jubileo del año 2000, y que está en el origen de la encíclica *Redemptoris Mater*, ampliamente citada por Mons. del Portillo. Por último, la quinta *Carta pastoral*, datada el 19 de marzo de 1992, tomará ocasión de la beatificación del fundador del Opus Dei, que tendría lugar pocas semanas después, para continuar profundizando en las dimensiones marianas de su espíritu.

La intencionalidad última de nuestros textos y de los períodos temporales a los que se refieren, raíz a su vez de la unidad intelectual que les caracteriza,

10. Sobre esa doctrina, cfr., entre otros: J. ECHEVARRÍA, *La devozione mariana di Mons. Escrivá: un'eredità inestinguibile*, «Studi Cattolici» 22 (1978) 601-607; F. DEL-CLAUX, *Santa María en los escritos del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1993; A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, 178-201.

no obstante su distancia temporal, podría ser en cierto modo descubierta, por analogía, en un párrafo de la encíclica *Redemptoris Mater* sobre el sentido del año mariano de 1987. El pasaje dice así: «El año mariano deberá promover una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. (...) Se trata no sólo de la *doctrina de fe*, sino también de la *vida de fe* y, por tanto, de la auténtica espiritualidad mariana, considerada a la luz de la tradición, y de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio»¹¹.

Bastaría añadir oportunamente a esas palabras una mención al espíritu fundacional del Beato Josemaría para que permitieran dar razón también de la finalidad de las *Cartas* de Mons. del Portillo y, en consecuencia, del contexto teológico en el que se desenvuelven. El marco que lo define está constituido, en efecto, por la contemplación de la misión corredentora de María y de los cristianos, hijos suyos en Cristo y en la Iglesia, así como por una intensa toma en consideración del proceso de recristianización o nueva evangelización de Europa y demás países occidentales, con el que nuestro Autor se encuentra particularmente comprometido.

Aunque la impronta trinitaria de los escritos marianos de Mons. del Portillo no deba ser buscada en la literalidad de las menciones del misterio del Dios Trino, sino en la contemplación del misterio de María en clave económico salvífica, se puede sin embargo dejar apuntada la frecuente alusión a la Trinidad en estas páginas. Sólo en las cinco *Cartas pastorales* se hallan 25 referencias al misterio trinitario, que se extienden a 53 si se toman en cuenta los demás escritos que manejamos.

Estos simples datos pueden dar una idea de la impronta trinitaria de sus reflexiones, al tiempo que manifiestan su íntima dependencia, también bajo este aspecto, de las fuentes espirituales y doctrinales mencionadas, es decir, de los documentos mariológicos del magisterio contemporáneo y de las enseñanzas del Beato Josemaría¹². De éste, cuya existencia es presentada como: «un incansable peregrinar (...) por todas las encrucijadas de la tierra, enseñando a convertir el trabajo cotidiano en *obres e troves en loor* de la Santísima Trinidad y de Santa María»¹³, recordará Mons. del Portillo en más de una ocasión una

11. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, (25-III-1987: AAS 79 [1987] 363-433), n. 48.

12. Sobre la perspectiva trinitaria de las enseñanzas mariológicas del Beato Josemaría se pueden consultar las ideas contenidas en A. ARANDA, «*El bullir de la sangre de Cristo*», o.c., 185-188.

13. *Carta pastoral* del 9-I-1978, n. 9. Todas las *Cartas pastorales* aquí citadas se integran en la sección P16 del Archivo General de la Prelatura del Opus Dei.

frase significativa: «Si queréis ser muy de Dios, tenéis que ser muy marianos, y así —con Ella— llegaréis a una intimidad muy profunda con cada una de las Personas de la Trinidad»¹⁴.

La cercanía entre la espiritualidad mariana y la espiritualidad trinitaria reaparecerá una y otra vez como enfoque de fondo en los textos que analizamos, como ya se advierte en algunas descripciones de amplia panorámica: «La Virgen Santísima es el camino más rápido y seguro para llegar a Cristo, único Mediador entre los hombres y Dios y, por Él, al Padre en el Espíritu Santo. María nos introduce —porque así lo ha querido Dios— en el seno de la adorable Trinidad, término de nuestra vida. Y esto, que es aplicable al camino singular de las personas, tiene grandes repercusiones en la actividad y en la historia de las naciones»¹⁵. O bien en pasajes de perfiles más nítidos, que describen a María como: «La criatura que más fielmente ha implicado su vida en la trama de la obra redentora y santificadora; la que ha pronunciado el *sí* más decidido y terminante a la llamada de Dios para cooperar en la salvación de la humanidad»¹⁶, y en consecuencia la que «nos obtendrá siempre la Misericordia del Padre y el Amor del Paráclito, para conducirnos a la definitiva identificación con Cristo en la gloria»¹⁷.

La cuestión pastoral de fondo y su enfoque teológico mariano

14. *Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 1.

15. *Ibidem*, n. 4.

16. *Carta pastoral* del 9-I-1980, n. 12.

17. *Carta pastoral* del 19-III-1992, n. 72. He aquí otros ejemplos: «Confiaremos, día tras día, a la que es Hija, Madre y Esposa de Dios y Madre nuestra, el homenaje de nuestra entrega, para que Ella lo presente ante la Trinidad Beatísima como rendida muestra de agradecimiento» (*Carta pastoral* del 9-I-1978, n. 4). «Para fomentar la presencia de Dios, busaos diariamente un *santo y seña* que haga referencia a nuestra Madre Santísima. Sed generosos, y no os descuidéis en acudir a esta cita constante con Ella, que os saldrá al encuentro, para acercaros a la Trinidad Beatísima, de modo que crezca vuestro trato con cada una de las tres divinas Personas» (*ib.*, n. 23). «Con Ella (...) transformaremos nuestros quehaceres todos en un himno de alabanza a la Trinidad Beatísima, cantado con palabras y con la lucha diaria, para ser más fieles al plan de Dios, más entregados a lo que nuestra vocación nos pide» (*ib.*, n. 26). «Rogamos también a la Madre del Amor Hermoso (...) que siga intercediendo por nosotros, para que sirvamos lealmente a la Iglesia Santa, para que luchemos diariamente —*consummati in unum*— de modo que toda nuestra conducta personal responda fielmente a las exigencias de amor de nuestra vocación divina, sin miedo a la renuncia y a la abnegación que lleva consigo nuestro compromiso de amor a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo» (*Carta pastoral* del 9-I-1980, n. 4).

Como ha quedado ya señalado, en las cinco *Cartas* está siempre latiendo una importante cuestión pastoral de fondo: la urgencia de una acción recristianizadora de la sociedad contemporánea. En torno a ella se desenvolverá una argumentación en perspectiva mariana que, por su propia dinámica de desarrollo, revelará también la presencia de un pensamiento teológico sugerente.

Que la cuestión de la recristianización o nueva evangelización constituya un desafío pastoral central para la Iglesia contemporánea, resulta para todos un tema evidente; que su puesta en práctica esté exigiendo, además, una renovada reflexión teológica sobre la misión evangelizadora de la Iglesia a todos sus niveles, parece también un hecho indiscutible... Pero que esa luz renovadora deba pasar a través de una meditación profunda acerca del misterio de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, y del combate filial de los cristianos junto a Ella, no es ya quizá tan evidente para todos. Esa es, sin embargo, en pocas palabras, la propuesta teológica y pastoral planteada por Mons. del Portillo, siguiendo de cerca sus fuentes de inspiración.

Para mostrar los trazos centrales que articulan sus argumentaciones podemos comenzar por prestar atención justamente a la incidencia del tema de la recristianización en las *Cartas* que analizamos. Encontramos en ellas, en primer lugar, una frecuente referencia —con cierta voluntad descriptiva— a la situación cultural presente en la que, por diversas causas, se ha ido progresivamente agudizando la oscuridad en torno a los valores y criterios de juicio cristianos, al tiempo que se han ido exaltando modelos antropológicos alternativos. En la *Carta* de 1978 aludirá, por ejemplo, Mons. del Portillo, con palabras fuertes aunque siempre dentro de su planteamiento pastoralmente abierto y positivo, y además en un horizonte de reflexión mariana, al «clima de cansancio moral, de frialdad respecto a Dios, de falta de lealtad que impera en muchas zonas de este mundo»¹⁸, un mundo «que por apartarse de Cristo se irrita y se entristece», y en el que los cristianos estamos obligados a «inyectar alegría», a «anunciar el *gaudium cum pace*»¹⁹.

De forma análoga, con formas de expresión que responden a la dura realidad pastoral del presente, inocultable aunque sea preciso también enfocarla desde la perspectiva de la voluntad salvífica divina, mencionará Mons. del Portillo «el clima de desintegración intelectual, moral y religiosa que pretende afirmarse en el mundo, y dentro de tantas personas, con estructuras de resistencia

18. *Carta pastoral* del 9-I-1978, n. 14.

19. *Ibid.*, n. 19.

20. *Carta pastoral* del 9-I-1980, n. 5.

cada vez más tajante y más radical a la gracia»²⁰. O bien hablará del «entorno enrarecido, que provoca una pérdida del discernimiento del bien y del mal en las conciencias, y que se interpreta —también en círculos y en países que se jactan de seculares tradiciones culturales, e incluso cristianas— como si fuera una conquista de los tiempos»²¹.

No tendrá inconveniente nuestro Autor en hablar a este respecto de una civilización en la que *se ha ido borrando la señalización divina*²², pero en la que son también muy fuertes los signos de la misericordia paterna de Dios, que se manifiesta de modo constante a través de María. Escribirá, por ejemplo: «Cuando toda una civilización se tambalea y se debilitan los resortes espirituales y morales de enteros estratos sociales, Dios sale a la búsqueda de los hombres para indicarles el camino que han de seguir. Y lo hace ahora del modo más delicado y afectuoso posible: poniendo delante de nuestros ojos la figura excelsa y amabilísima de Santa María, para que una vez más nos recuerde la necesidad de buscar a Cristo, y nos lleve a imitarle y a amarle, y así alcanzar el único fin de nuestra vida, colocando a Dios en el centro de toda la existencia cotidiana»²³.

Y en sintonía con las enseñanzas —y con el optimismo evangelizador de Juan Pablo II— aludirá a determinados síntomas de la actual coyuntura, que hablan de un cambio profundo que se está produciendo en el mundo. «Los albores del tercer milenio de la Era Cristiana parecen destinados a alumbrar, en efecto, un nuevo tipo de persona: segura de sí, dominadora de la naturaleza»²⁴, pero también, no obstante su bagaje científico y su eficacia técnica, tan necesitada de Cristo como sus predecesores²⁵. En definitiva, se constata que «una nueva civilización está surgiendo, y de los cristianos depende que se oriente a Cristo: que sea, como repiten con frecuencia los últimos Romanos Pontífices, una *civilización de la verdad y del amor*. ¡Esta es la gran responsabilidad de los cristianos de las últimas décadas del siglo XXI!»²⁶. Misión de la que ninguno puede considerarse excluido, y a la que la Iglesia «convoca a todos los cristianos, de modo especial a los fieles laicos, a quienes corresponde por vocación específica la santificación *ab intra* de las estructuras temporales»²⁷.

21. *Ibid.*, n. 14.

22. Cfr. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 17. Las palabras en cursiva corresponden a una frase del Beato Josemaría Escrivá.

23. *Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 3.

24. *Ibid.*, n. 12.

25. Cfr. *ibid.*, n. 15.

26. *Ibid.*, n. 16.

27. *Ibid.*, n. 13.

Este es el panorama cultural y social, en el que la urgencia de la acción evangelizadora hace también «urgente —con urgencia grande— volver los ojos a la Virgen Inmaculada, exenta de todo pecado, de cuyo seno nace el Hijo de Dios hecho hombre, vencedor de todo mal»²⁸. Se hace preciso —por ahí caminan las razones de Mons. del Portillo— renovar la comprensión de lo que significa ser hijos de María, pertenecer a su linaje, participar precisamente junto a Ella en la misión salvífica de su Hijo. O bien, con palabras literales suyas, se impone «penetrar con más profundidad en el papel que, por designio de Dios, correspondió a la Virgen Santísima en la obra de nuestra Redención y de nuestra santificación», y contemplar «de qué modo ha respondido a su singular vocación»²⁹. Mirar a María, poner la mirada en Ella, es una clave esencial del proyecto teológico que se nos sugiere³⁰.

María en la obra de la Redención

La mirada que Mons. del Portillo dirige hacia María se detiene a contemplar ante todo, con la entera tradición, su condición de «obra maestra de la sabiduría y la bondad de Dios»³¹ y la grandeza de su figura materna y regia, vestida de sol y coronada de estrellas (Ap 12, 1). María es la nueva Eva, la Mujer celestial en

28. *Ibid.*

29. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 4.

30. He aquí una larga serie de formulaciones en ese sentido, tomadas de las diferentes *Cartas pastorales*: «Poned delante de los ojos el ejemplo de la vida inmaculada de la Santísima Virgen. (...) mirándoos en ese espejo» (*Carta pastoral* del 9-I-1978, n. 15). «Poner los ojos con más detenimiento en la Virgen» (*ibid.*, n. 24). «Pondremos los ojos —la mente y el corazón— en María Santísima, para aprender a vivir (...) según la Sabiduría celestial» (*ibid.*, n. 20). «Con la mirada y con el corazón bien fijados en nuestra Madre, Santa María, para acercarnos siempre más a la Trinidad Beatísima» (*Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 2). «Poned los ojos bien fijados en la Señora y aprended de Ella» (*ibid.*, n. 12). «Mirad a la doncella de Nazaret» (*ibid.*, n. 22). «Detened la mirada en la Santísima Virgen, Maestra del sacrificio escondido y silencioso» (*ibid.*, n. 30). «Todo lo que lleva a fijar los ojos en Santa María, es un don estupendo para los cristianos que desean vivir plenamente su llamada a la comunión de vida con Dios» (*Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 1). «Mira a Santa María junto a la Cruz (...). Me decido a aconsejarte que vuelvas tus ojos a la Virgen» (*ibid.*, n. 19). «Dios nos concede gracias abundantes para que pongamos la mirada en Ella e imitemos su ejemplo de correspondencia total al amor de Cristo» (*Carta pastoral* del 19-III-1992, n. 10). «Con la mirada fija en nuestra Madre, Reina de Cielos y tierra» (*ibid.*, n. 75).

31. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 5. Las palabras en cursiva las toma nuestro Autor del Beato Josemaría.

32. *Ibid.*, n. 6.

33. *Ibid.*

quien no hay «compromiso alguno con el mal, sino neta oposición y claro enfrentamiento»³²; todo cuanto a Ella se refiere es «anuncio y esperanza cierta de nuestra Redención»³³. Pero al mismo tiempo, sin dejar de contemplar la «extraordinaria visión de María Santísima, con todas las señales de la realeza y enfrentada a un poderoso enemigo»³⁴, la mirada teológica de nuestro Autor se hace particularmente intensa al considerar otro aspecto de la verdad revelada: «Esa Criatura singular es aquella sencilla doncella que encontramos en Nazaret, *recogida en oración* y atareada en su labor ordinaria, *como una más entre las mujeres de su pueblo*»³⁵.

Dentro, pues, de la tradicional corriente teológica que contempla a María como la nueva Eva, corriente que se remonta a las primeras reflexiones sobre su papel en la obra redentora, Mons. del Portillo se esforzará en resaltar el contraste entre la pequeñez de la doncella de Nazaret y la grandeza de la Mujer de la visión apocalíptica: «Esta Mujer celestial — escribirá—, que irradia luz y vence al Dragón es María: la misma que se consideró siempre la última, la que goza sirviendo, la que creyó firmemente en Dios, la que vivió con la mayor naturalidad y ocultándose un papel de primer plano en la Redención obrada por su Hijo, la que ahora es Medianera de todas las gracias que nos envía el Espíritu Santo»³⁶. En el pensamiento de nuestro Autor esa línea de fondo, que permite descubrir a través de María el valor sobrenatural de lo ordinario, de lo humilde, de lo sencillo tiene gran importancia teológica. En este planteamiento está siguiendo muy de cerca la impronta espiritual del Beato Josemaría Escrivá.

Por medio de María, siempre —junto con San José— en referencia a su Hijo, ha entrado de lleno «en la gran epopeya de la Redención, la vida corriente de trabajo, de oración, de servicio. Todo el quehacer cotidiano, y hasta lo que parece pequeño, o incluso insignificante, lo asume Dios, para atribuirle un puesto preeminente en el plan divino de la Salvación y de la santificación. La claridad de esta estrella, María, nos revela con tonos nuevos el valor colosal de lo poco, de lo oculto ofrecido con fe y con amor»³⁷. La consideración del misterio de María «en aquellas tareas de Nazaret, verdaderamente escondidas, silenciosas», abre así espacio teológico a una comprensión en clave mariana de la existencia cotidiana del cristiano, en la que tiene lugar —en analogía con el

34. *Ibid.*, n. 7.

35. *Ibid.* Las frases en cursiva corresponden a palabras del Beato Josemaría en *Santo Rosario*, I misterio gozoso, y *Camino*, n. 499, respectivamente.

36. *Ibid.*, n. 7.

37. *Ibid.*, n. 8.

modelo de la Madre de Dios, y sobre todo, de su Hijo— la llamada a la santidad y a la misión apostólica.

En la lectura que hace Mons. del Portillo del misterio de María en la vida cotidiana de Nazaret, se descubren aspectos que traspasan el terreno de la espiritualidad —al que, sin duda, por naturaleza pertenecen—, para adentrarse también en el de la pastoral y en el de la reflexión teológica. «Escondida está María, pero precisamente por este recogimiento suyo de Amor participa plenamente en toda la trama de la Vida y Muerte de su Hijo. Desde la fidelidad en ese lugar —desde su sitio—, colabora como nadie en la obra de la Redención. Firme y fuerte será su Amor hasta el fin. Está junto a la Cruz con el corazón traspasado, pero con la misma modestia y sencillez, con la misma sobrenatural naturalidad con que la encontramos en Nazaret, en Belén, en su largo caminar hacia Egipto, o en su vuelta a la tierra que ha visto nacer a su Hijo»³⁸.

Encierran esas ideas una comprensión de la experiencia espiritual cristiana desde la hondura del misterio de la Encarnación, que la inteligencia creyente ha de saber traducir en pensamiento teológico y en propuesta evangelizadora y cultural. La existencia cotidiana del Verbo encarnado y de su Madre son una inmensa fuente de luz acerca de la potencialidad que encierran las acciones e intenciones del cristiano de convertirse en ocasión de santificación y de comunión personal con Dios. En la casa de Nazaret, en la que se puede contemplar «a Jesús, a María y a José, cada uno en su sitio; los tres, al servicio de una misión que es designio de la Trinidad Beatísima», donde «todo se realiza en función de la Cruz salvadora», donde todo «mira hacia la vida que ha de entregarse»³⁹, se desvela, en efecto, esa potencial capacidad de la vida cotidiana de llegar a ser sin alteraciones, y en el sentido teológico más riguroso, campo de desarrollo de la santidad personal y de la actuación salvífica del cristiano.

En dicha experiencia espiritual —en la que, como acabamos de decir, la luz dominante es la del misterio de la Encarnación redentora— se toma conciencia de una clave antropológica profundamente cristiana: la de, con palabras de Mons. del Portillo, «saber valorar la gran potencia redentora de los muchos pocos, de lo cotidiano, repetido y humilde, hecho por y con amor. (...) Lo poco es la trama firme que hace posible la grandeza y el heroísmo. Error colosal resultaría la idea, el pensamiento de que este sendero significa renunciar a horizontes

38. *Ibid.*, n. 30.

39. *Carta pastoral* del 9-I-1980, n. 13.

40. El texto pertenece a una breve exhortación epistolar de Mons. del Portillo, fechada el 1-IX-1988.

elevados o conformarse con la mediocridad. (...) El desprecio de lo poco impide que los anhelos vivos de redención se conviertan en una realidad incisiva, en ese *quid divinum*, propio de todas las circunstancias, que infiere y transforma, con la gracia, la vida de los hombres y mujeres de esta tierra»⁴⁰. La actitud de fondo que las palabras recién citadas invitan a contemplar en María, es la de un amor que se manifiesta a través de la lealtad cotidiana, en lo corriente, al Señor, que la llevará hasta el heroísmo de permanecer con firmeza junto a la Cruz de su Hijo. Ese es, en el pensamiento que estudiamos, el camino por el que ha de manifestarse siempre y, en particular en esta época de nueva evangelización, la verdadera identidad personal y social del cristiano corriente, que no se embosca «en el anonimato de un plural que elimina la responsabilidad personal, o en el anonimato de una situación a la que no concedemos importancia»⁴¹.

Sintetizada en breves palabras, la propuesta espiritual y teológica de nuestro Autor suena así: «Mirad a María, contemplad la admirable grandeza de su Corazón y la transparencia de su alma, y desearéis que se cumpla en cada uno, en todos (...) ese servir dignamente —fielmente— el misterio de nuestra Redención»⁴². A todos nos toca servir, en las realidades concretas de cada día; extender la llamada a la santidad entre los hombres, mediante un apostolado que no tiene paréntesis, porque ocupa nuestra existencia entera, todo nuestro caminar, sin soluciones de continuidad. Detengámonos en la contemplación de la actitud de esta Virgen Inmaculada, que se acercará, fiel y firme, hasta el pie de la Cruz, porque ha atravesado, siempre serena, las horas de grandes gozos, las de los enormes dolores y las aparentemente vulgares. (...) María nos muestra, junto a la Cruz, el espesor de su fe y la fidelidad de su amor; en la hora de la dura prueba y del gran dolor. La firmeza de su fe y la riqueza de su amor sin límites le hacen superar esta prueba, asumiéndola en su alma —traspasada por la espada del dolor— como la gran ocasión para cooperar con su Hijo en la consumación de la Redención de la humanidad, porque así ha respondido al Señor en las más diversas circunstancias»⁴³.

María «en todo y para todo»

41. *Ibidem*.

42. Común de la Santísima Virgen, Misa durante cualquier tiempo, *Orat. post Com.*

43. *Exhortación* epistolar del 1-IX-1988.

44. Cfr. *Carta pastoral* del 9-I-1978, nn. 6. 20; *id.* del 2-II-1979, n. 33; *id.* del 9-I-1980, n. 4; *id.* del 31-V-1987, n. 24.

45. Cfr. *Carta pastoral* del 9-I-1978, n. 20. Las palabras en cursiva pertenecen al Beato Josemaría.

La mencionada propuesta espiritual y teológica de Mons. del Portillo se sintetiza todavía más estrechamente en una frase, que es un verdadero *leit-motiv* en sus *Cartas pastorales* y en su entero pensamiento: «meter a la Virgen *en todo y para todo*»⁴⁴, o lo que es igual, poner los ojos —mente y corazón— en Ella para aprender a vivir *según la Sabiduría celestial*⁴⁵, haciendo el constante esfuerzo en caminar muy pegados a Ella⁴⁶. El lenguaje teológico-espiritual que desarrolla ese *leit-motiv* está sembrado de las palabras «lucha», «combate», «pelea», etc., términos ascéticos tradicionales para formular las exigencias bautismales. La existencia y la misión del cristiano son concebidas, en efecto, por Mons. del Portillo a la luz de la misión corredentora de María, como un combate injertado «en la trama colosal de nuestra Redención y de nuestra santificación»⁴⁷. Los fieles cristianos estamos llamados «a participar (...) en la misma lucha en la que la Virgen Santísima (...) está empeñada, a través de la santificación del trabajo, de la unión con Dios en lo cotidiano, del reconocimiento de nuestra bajeza. Todo en nuestra vida adquirirá calidad de instrumento —o de estorbo, si no lo rectificamos— por su relación con este combate al que somos llamados. Todo lo hemos de poner al servicio de esta gran batalla, (...) que no tiene treguas, porque el Maligno *no se toma vacaciones*. En efecto, trató de devorar al Hijo que iba a dar a luz Santa María (cfr. Ap 12, 4), persiguió a la Mujer con insistencia (*ibid.* 13) y, al no poder nada contra Ella, ahora hace la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y mantienen la confesión de Jesucristo (Ap 12, 17)»⁴⁸.

Y en conformidad con esa perspectiva —siempre, no lo olvidemos, en el contexto pastoral de la nueva evangelización— insistirán nuestros textos en destacar, por ejemplo, que «nuestro paso por la tierra, que ha de ser un paso a lo divino (...), se convierte en tiempo de lucha sin tregua, en tiempo de pelea santa, corredentora, encomendada al linaje de Dios, a las hijas y a los hijos de Santa María. (...) Todos nos hemos de sentir beligerantes en esta conflagración. (...) Dios ha suscitado, para regenerar los aspectos caducos del mundo en que vivimos, una estirpe de mujeres y de hombres, fuertes y decididos, conscientes de sus miserias personales, pero totalmente confiados y entregados a la fuerza transformadora de la gracia»⁴⁹.

46. Cfr. *ibid.*, n. 6.

47. *Ibid.*, n. 11.

48. Cfr. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 9. En cursiva, unas palabras del Beato Josemaría.

49. Cfr. *Carta pastoral* del 9-I-1980, n. 5.

50. Cfr. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 20.

51. Cfr. *Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 5.

«La luz que proviene de la Virgen Inmaculada, Reina celestial que aplasta la cabeza del demonio»⁵⁰ es, pues, la que ayuda a entender el significado profundo de la existencia cristiana. María ha sido desde el primer momento de su existencia terrena la estrella que alumbra la noche de la humanidad, la luminaria que ilumina las tinieblas, en las que las criaturas se han metido por el pecado. Con su aparición en el mundo hace dos mil años, dirá Mons. del Portillo⁵¹, una lumbré de pureza y de bondad se encendió en la tierra. Y así como la aurora es anuncio de la llegada del nuevo día, «así María —como enseña Juan Pablo II— ha precedido desde su concepción inmaculada la venida del Salvador, la salida del *sol de justicia* en la historia del género humano»⁵². De esta Virgen Inmaculada nacerá la Estirpe que aplastará la cabeza de la Serpiente⁵³, Cristo Señor Nuestro, que ha bajado del Cielo para rescatarnos del pecado y darnos su propia Vida, con el Espíritu Santo, de modo que nosotros vivamos para Dios⁵⁴.

La vocación bautismal cristiana ha de ser esencialmente concebida como una «llamada a ser corredentores»⁵⁵. La idea se encuentra formulada de distintas maneras en nuestros textos, como resaltando diferentes matices de una misma convicción central, que es ésta: «Con la atenta contemplación de María junto a la Cruz, tocamos el nervio de nuestra vocación cristiana —aprender a dar la vida con Cristo, para que todos se salven— y comprendemos cuál es la garantía única de nuestra eficacia apostólica. (...) La Santa Cruz es el arma con la que la descendencia de la Virgen Santísima —su Hijo, en quien por la gracia estamos nosotros— vence al Maligno»⁵⁶.

Pero la Cruz, siguiendo la lectura teológica y espiritual que Mons. del Portillo hace del misterio de María en el misterio de Cristo, ha de ser descubierta ante todo por el cristiano en la vida cotidiana, en el trabajo profesional, en su actividad en medio del mundo, donde se encuentra llamado a «dar a todas las cosas el orden verdadero, restaurándolas en Cristo»⁵⁷. En ese sentido, y siempre en referencia a la Cruz y a la misión corredentora, insistirá en que «cada uno debe llevar por dentro el ambiente de Nazaret»⁵⁸. E, inspirándose en una expresión característica del Beato Josemaría, que describía ya desde los inicios de su misión el influjo espiritual del Opus Dei en el mundo como «una

52. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 3.

53. Cfr. *Gen* 3, 15.

54. Cfr. *Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 5.

55. Cfr. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 20.

56. *Ibid.*, n. 12.

57. Cfr. *Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 33.

58. Cfr. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 31.

59. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Instrucción*, 19-III-1934, n. 42; cfr. ID. *Amigos de Dios*, n. 120.

60. *Carta pastoral* del 9-I-1980, n. 16.

inyección intravenosa, puesta en el torrente circulatorio de la sociedad»⁵⁹, escribirá Mons. del Portillo que: «La sociedad necesita de esta *inyección intravenosa* de espíritu cristiano, captado en la misma fuente de donde procede, del hogar de Jesús, de María y de José. Este será el mejor disolvente para la densa costra de egoísmo carnal que deja en los corazones de las mujeres y de los hombres la dureza del acontecer cotidiano, si se le arranca su dimensión divina»⁶⁰.

Meter a María *en todo y para todo*, fijar los ojos en la que es, como leíamos más arriba, «la criatura que más fielmente ha implicado su vida en la trama de la obra redentora y santificadora», convierte la convivencia del cristiano en medio de la sociedad en una «guerra de paz»⁶¹ que ha de ser desarrollada con las mismas armas de Santa María. Es decir, *su humildad*, que aplasta la orgullosa cabeza de la serpiente infernal⁶²; *su fe*, cuya primera obra es una absoluta disponibilidad y una obediencia rendida a la voluntad del Altísimo⁶³; *su esperanza*, con la que nos ayuda a descubrir el gran don de la filiación divina⁶⁴; la plenitud de *su caridad*, correspondiente a la plenitud de gracia con que fue colmada⁶⁵; ese *buen olor de Cristo* (cfr 2 Cor 2, 15), del que Ella estuvo plenamente llena y que tiene entre otros el ingrediente de la *santa pureza*⁶⁶, indispensable para caminar fielmente de acuerdo con la vocación cristiana⁶⁷; *su sencilla sinceridad*, tan patente en la escena de la Anunciación⁶⁸; y, en fin, todas las demás virtudes que se adivinan al contemplar su entera existencia. Pero siempre —punto de especial hincapié para Mons. del Portillo— siguiendo las lecciones que se imparten en la casa de Nazaret, en los años de vida oculta que compusieron la mayor parte de la existencia terrena del Hijo de Dios y de su Madre, y «que hemos de contemplar despacio, porque están llenos de luz»⁶⁹.

Querer meter a María *en todo y para todo* será también, leído en nuestros textos, querer embeberse de «la lógica divina que guía el itinerario de fe de Nuestra Señora»⁷⁰. Y redescubrir de ese modo con Ella las raíces de la Iglesia,

61. Cfr. *Carta pastoral* del 9-I-1978, n. 14.

62. Cfr. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 22.

63. *Ibid.*, n. 25.

64. *Ibid.*, n. 27.

65. *Ibid.*, n. 29.

66. Cfr. *Exhortación epistolar* del 1-V-1984.

67. Cfr. *Carta pastoral* del 19-III-1992, n. 27.

68. Cfr. *Exhortación epistolar* del 2-V-1985.

69. *Carta pastoral* del 19-III-1992, n. 33.

70. *Carta pastoral* del 31-V-1987, n. 17. El texto sugiere meditar, siguiendo *Redemptoris Mater*, nn. 39-40, a este respecto «los momentos privilegiados de su vida», que son Nazaret, el Calvario y el Cenáculo.

71. *Carta pastoral* del 2-II-1979, n. 12.

captando al mismo tiempo en profundidad el porqué de su generosa colaboración con la Voluntad salvífica de Dios, y la grandiosa dimensión de la lucha personal del cristiano, de la llamada a ser corredentores y a «abrazar con María la locura de la Cruz de Cristo»⁷¹.

Volvemos de este modo a encontrarnos, al final ya de nuestro análisis, la cuestión pastoral de fondo que plantean los escritos marianos de Mons. del Portillo, y a recordar la respuesta que ofrecen como vía de reflexión teológica y espiritual renovadora. «La Santa Cruz —nos dirá⁷²— es el arma con la que la descendencia de la Virgen Santísima (su Hijo, en quien por la gracia estamos nosotros) vence al Maligno». Y repetirá con tesón que: «Si permanecemos con María, junto a la Cruz de Cristo, venceremos. (...) Nos quiere el Señor leales y constantes en la pelea, sin temores ni complejos de inferioridad ante el ruido que promueve el diablo. Con la luz que proviene de la Virgen Inmaculada, Reina celestial que aplasta la cabeza del demonio, descubriremos el inmenso panorama de almas, que se extiende detrás de la escondida lucha interior y del apostolado personal de cada uno»⁷³.

En el entorno de la Cruz de Cristo, Verbo del Padre eterno, Hijo de María, Cruz que es fuente fecunda para la inteligencia creyente, han de ser contempladas, con Mons. del Portillo, las claves teológicas de la misión de Santa María en la economía de la salvación, es decir, las raíces trinitarias de su misterio materno.

Antonio Aranda
Facultad de Teología
Pontificia Universidad de la Santa Cruz
ROMA

72. *Ibid.*

73. *Ibid.*, n. 20.